

LOS VERDADEROS AMIGOS

por el élder Richard G. Scott
del Quórum de los Doce Apóstoles



"Si vuestra vida no esta en orden y os sentís inquietos e indignos de orar porque no estáis limpios, no os preocupéis; El ya lo sabe, pero esta esperando a que os arrodilléis humildemente y deis los primeros pasos."

Es natural que cuando una persona ha recibido un llamamiento y se ha depositado en ella una responsabilidad que cambiara para siempre y por completo el curso de su vida, su sensibilidad se agudice y este más propensa a expresar sus sentimientos.

En mi ferviente deseo por llegar a comprender esta sagrada asignación que he recibido, he dedicado mucho tiempo a orar a nuestro Padre Celestial, expresándole los sentimientos de mi corazón. Le he rogado que me guíe y me fortalezca a fin de poder servirle a Él y a su amado Hijo de la mejor manera posible.

Ha surgido en mi una firme determinación que me he comprometido con el Señor a obedecer: Que viviré de forma tal que pueda ser digno de saber cual es la voluntad del Señor y de tener, con su ayuda, la capacidad y el valor de llevarla a cabo, y no desear nada más.

Hoy también hago la misma promesa a cada uno de vosotros.

Ruego, ahora, poder recibir respuesta a mis oraciones para que pueda ayudar a aquellos que luchan con algún problema personal, que traten de superar un mal habito o apetito que los debilite espiritualmente o que sufran porque algún ser querido se ha descarriado. Me gustaría hablaros de algunos de mis amigos mas preciados, para que, tal como me han ayudado a mí, os ayuden a vosotros ahora y durante toda vuestra vida.

Primeramente, permitidme que os cuente algo. Durante la dedicación del Templo de la Ciudad de México, tuve una de esas experiencias singulares que reajustan el rumbo que uno lleva en la vida. Ocurrió durante la octava sesión dedicatoria del templo, en la que estaban presentes muchos de los hermanos y hermanas que eran lideres de México y Centroamérica. Cuando se me pidió que hablara, en forma totalmente inesperada, traté de expresar lo que en esos momentos sentía en el corazón. Hablé acerca de aquellos que se encuentran del otro lado del velo y que, como cumplimiento de las profecías, sirvieron, sufrieron y dieron mucho de sí mismos para poner los cimientos que hicieron posible dar comienzo a una nueva fase de la obra.

Pedí que oráramos por los antiguos profetas que habían guardado y protegido los registros sagrados del Libro de Mormón. Sentí que ellos estaban tristes al vernos andar de aquí para allá con un Libro de Mormón cerrado bajo el brazo o llenándose

de tierra en un rincón perdido de la casa, sin que nadie lo lea, medite sobre su contenido o ponga en práctica sus enseñanzas.

El Libro de Mormón surgió al mundo por asignación divina para bendición e instrucción de todos los que lo acepten.

Mientras hablaba, adquirí conciencia de que todos los esfuerzos que yo había hecho durante seis años por tratar de ayudar a esos amados líderes a superar los efectos de los errores de las tradiciones falsas de sus antepasados, y a aplicar a sus vidas las enseñanzas del Señor, habrían sido más eficaces si los hubiera alentado firmemente a meditar sobre las enseñanzas del Libro de Mormón y a vivir de acuerdo con ellas. Este libro contiene mensajes, puestos ahí por la mano divina, que muestran la manera de corregir la influencia de las tradiciones falsas y cómo recibir la plenitud de la vida; enseña la manera de resolver los problemas y las tribulaciones de la actualidad, los que fueron previstos por el Señor, enseña el modo de poder corregir los graves errores de la vida. Pero la ayuda que nos brinda no es de ningún valor si permanece oculta en un libro cerrado.

Sé que no es suficiente que valoremos el Libro de Mormón, ni que testifiquemos que proviene de Dios, sino que debemos saber las verdades que encierra, aplicarlas a nuestra vida y darlas a conocer a los demás. En esos momentos me sobrecogió un gran sentimiento de amor por mi prójimo y un gran deseo de que todos comprendieran el valor que tiene el Libro de Mormón.

Al concluir la reunión, Ezra Taft Benson, que en aquel entonces era el Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, me invitó a ir con él a una sala privada del templo. Me ofreció asiento, acercó su silla a la mía, me miró profundamente a los ojos y, con una sinceridad que jamás olvidare, expresó su profunda convicción de que todo miembro de la Iglesia debe aprender a utilizar el Libro de Mormón de la forma en que el Señor lo desea.

Mientras me hablaba, pude sentir que sus sentimientos eran inspirados de Dios. Entonces supe en mi corazón que lo que él me estaba diciendo era la voluntad del Señor. La influencia de estos dos amigos, el presidente Benson y el Libro de Mormón, me ha brindado consuelo y apoyo en tiempos de gran necesidad. Por lo tanto, me gustaría que vosotros también pudierais contar con ellos en vuestra hora de necesidad.

El presidente Benson es un Profeta de Dios, un hijo digno y justo de nuestro Padre Celestial, quien, por haber usado constante y debidamente el libre albedrío en el transcurso de toda su vida, ha adquirido virtud y nobleza de carácter, así como cualidades que lo han capacitado para desempeñar el papel de portavoz del Señor para todos sus hijos sobre la faz de la tierra.

Ahora que se aproxima a los noventa años de edad, le es difícil satisfacer su deseo de viajar por todo el mundo a fin de que todos los que lo deseen puedan saludarlo personalmente. No obstante, al leer o escuchar sus inspirados mensajes, y

al tratar de ponerlos en practica, sentiremos la calidez y el compañerismo de un verdadero amigo que sabe como ayudarnos

Os ofrezco el Libro de Mormón, un amigo querido, dádiva de un amoroso Salvador. Sus páginas encierran la verdad, la cual brinda consuelo, guía, paz y también la compañía de otros verdaderos amigos. En él encontrareis la amistad y el ejemplo digno de Nefi, Jacob, Enós, Benjamín. Alma, Ammón, Helamán, Mormón, Moroni y muchos más. Ellos volverán a encender la llama del valor e indicarán el sendero que conduce a la fe y a la obediencia; ellos os ayudaran a superar la amargura y la angustia de la transgresión.

Pero más importante aun es que todos ellos, sin excepción, elevaran vuestra visión hacia el amigo perfecto: nuestro Salvador y Redentor, Jesucristo.

Amo al presidente Benson; amo el Libro de Mormón, la Biblia y las demás santas Escrituras, pero por sobre todas las cosas, amo a Jesucristo. No me es posible comprender su poder, su majestad, su perfección. Pero hay algo que si comprendo, y eso es una porción de su amor, su compasión y su misericordia. Cuando somos obedientes a sus enseñanzas, no hay carga que El no pueda aligerar, no hay corazón que no pueda purificar y llenar de gozo, no hay vida que no pueda limpiar y restaurar.

Permitid que mis otros amigos os guíen a Él, pero encontradlo vosotros mismos mediante la oración humilde y sincera, la obediencia y la fe.

Porque esta escrito:

"Porque de tal manera amo Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

"Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo. Sino para que el mundo sea salvo por él." (Juan 3:16-17.)

El Libro de Mormón registra estas palabras consoladoras del Salvador:

"Sí, bienaventurados los pobres de espíritu que vienen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos.

'Y además, bienaventurados todos los que lloran, porque ellos serán consolados.

"Y bienaventurados los mansos, porque ellos heredaran la tierra.

"Y bienaventurados todos los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán llenos del Espíritu Santo.

"Y bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzaran misericordia.

"Y bienaventurados todos los de corazón puro, porque ellos verán a Dios." (3 Nefi 12:3-8.)

Cuando Jesús oró por los demás en humildad, fe y obediencia, su Padre contestó; también contestó el Padre cuando Jesús oró pidiendo fortaleza y consuelo en la hora en que más lo necesitaba, al tomar sobre si los pecados del mundo y ofrecer su sacrificio expiatorio a fin de que, mediante el arrepentimiento, todos pudiésemos gozar del milagro del perdón.

Él es vuestro Padre; orad a Él. Si vuestra vida no esta en orden y os sentís inquietos e indignos de orar porque no estáis limpios, no os preocupéis; El ya lo sabe, y esta esperando a que os arrodilléis humildemente y deis los primeros pasos. Orad por fortaleza, orad para que otros reciban la inspiración de apoyaros, guiaros y edificaros; orad para que el amor del Salvador os llegue al corazón; orad para que el milagro de la Expiación traiga como resultado el perdón, porque estáis dispuestos a cambiar. Sé que Dios considerara esta clase de oraciones, porque El os ama. Su Hijo dio su vida por vosotros; sé que ellos os ayudarán. En el nombre de Jesucristo. Amén.